

## **Mi Familia Anfitriona en un Asado**

En una soleada tarde de domingo en la ciudad de Córdoba, una familia argentina se reúne para un asado, una tradición que une generaciones y celebra la esencia de la cultura del país. La casa de los abuelos, una construcción de ladrillos rojos con un amplio patio trasero en conjunto con una pileta muy grande y refrescante, es el lugar perfecto para esta reunión familiar.

El abuelo, Jorge, de cabello corto y canoso, es el maestro del asador. Con una sonrisa tranquila, se encuentra junto a la parrilla, supervisando cada detalle del fuego y las brasas. En su rostro se refleja la experiencia de muchos asados pasados. A su lado, su hijo Agustín, un señor de treinta y ocho años, observa atentamente y ayuda a su padre enseñándole nuevas técnicas del asado mientras coloca pequeñas ramitas en el fuego bajo la atenta mirada de su padre.

La abuela, Marcela, con su pelo negro y ojos verdes, está en la cocina preparando las ensaladas y el chimichurri. Sus manos se mueven con agilidad y precisión, reflejando sus años de práctica. La ensalada criolla, una mezcla colorida de tomates, cebollas y pimientos, ya está lista sobre la mesa de madera, el pan cortado en dos canastas medianas encima de la mesa abarcando mucho espacio.

Los hijos de Jorge y Marcela, ya adultos, conversan ruidosamente mientras ayudan a preparar la mesa. Agustín, el mayor, se ocupa de las bebidas, abriendo botellas de vino Malbec y sirviendo gaseosas y agua simple para los más jóvenes. Guille, la hija de en medio, se encuentra en la cocina ayudando a su madre a terminar las salsas y las ensaladas, mientras que Coti, la hermana menor, se asegura de poner los cubiertos y los platos en la mesa. Entre risas y anécdotas, el patio se llena de un ambiente muy familiar y divertido.

Los nietos corren por el jardín y la pileta, jugando con la pelota y gritando, mientras que el humo y el olor del asado comienzan a llenar el aire. Matambre, chorizo, morcilla y costillas de cerdo se cuecen sobre la parrilla, seguidos por el plato principal: un jugoso y perfecto asado de tira, bife de chorizo y otros diferentes cortes de carne que se cocinan lentamente hasta alcanzar el punto perfecto.

Cuando la comida está lista, Marcela, con un tono muy sutil y amable, llama a todos a la mesa. Los niños se niegan a sentarse en la mesa hasta que sus padres los obligan a ir a comer, cada quien toma su lugar en el cual Jorge siempre está sentado en la cabecera de la mesa junto a Marcela seguido de Agustín, Guille, y Coti con sus respectivas parejas, los niños se sientan del otro lado de la mesa, mientras que Agustín pasa por todos los lugares ofreciendo los diferentes cortes del asado en una tabla de madera, cada quien toma su tenedor y agarra la pieza de asado de su preferencia.

Las conversaciones son diferentes y bastante ruidosas, mezclándose con el sonido de tenedores y cuchillos. Mientras comen e intercambian anécdotas todos se interrumpen sin ningún problema y ríen frecuentemente, contagiando risas en un ambiente muy positivo. Los platos pasan de mano en mano, mientras que la persona sentada en el centro de la mesa ayuda a pasar las ensaladas, la sal, las bebidas y los condimentos. Los niños escuchan las historias de los adultos, mientras disfrutan de una comida deliciosa.

El almuerzo se extiende por horas. Después del asado Marcela saca el postre: helado de dulce de leche, café, té o mate para los mayores, el mate se pasa en ronda como símbolo de amistad y unión. La tarde avanza, y se comienza a oscurecer, pero el olor y el calor humano hace muy ameno el atardecer y la alegría de estar en familia mantiene el ambiente cálido y acogedor.

Así, en cada asado siempre hay un poco de caos intercambiando diferentes y nuevas anécdotas, creando un ambiente increíble, acogedor y familiar haciendo esta rutina parte de la cultura Argentina.